

CASTELLANOS, Santiago

En el final de Roma (ca. 455-480). La solución intelectual.

Marcial Pons.

Madrid, 2013, 339 pp.

Este ensayo de historia antigua se publica en un momento en el que la Transición española empieza a ser cada vez más cuestionada como modelo de cambio sistémico –hay quien incluso se atreve a ver en ella más un relato que un modelo–. Puede ser coincidencia, y ciertamente no es el tema del libro; en todo caso, el contexto invita a leer con mucha atención la reflexión de Santiago Castellanos en torno a la «negociación» de las élites sociopolíticas romanas para «reajustar» sus posiciones de poder ante la transformación sustancial del sistema en el que vivían, es decir, ante el lento derrumbe del Imperio en Occidente. El autor enfoca aquí desde un punto de vista novedoso un momento histórico ingrato para el historiador –ingrato por su importancia, por la relativa parquedad de las fuentes y por la ingente producción historiográfica a la que ha dado lugar–. Sin detenerse mucho en la objetividad de los cambios acaecidos, se centra en la narración que de ellos dieron, y se dieron a sí mismos, algunos de los actores más o menos relevantes de los siglos V y VI, tanto en Occidente como en Oriente.

El libro consta de seis capítulos. El primero se dedica a rastrear en las fuentes percepciones de cambio. Entre las literarias, Santiago Castellanos se detiene en la obra de dos autores a menudo despreciados

como fuentes por su fuerte carga retórica, Paulino de Pella y Salviano de Marsella: su visión, ciertamente muy ideológica, resulta ser un interesante indicador de cómo los miembros de la aristocracia romana vivieron la transformación de su entorno. La arqueología dice poco sobre percepciones, pero sí sobre cambios: el autor se hace eco de sus más recientes aportaciones, especialmente en relación a los núcleos rurales de población y a la reducción de la escala de los intercambios. Las modificaciones sociales que sugieren estos datos cuadran con las conclusiones que se pueden sacar de las fuentes escritas.

El segundo capítulo, mucho más corto, recuerda la tradición literaria romana y sus tópicos moralizantes en torno a la figura del bárbaro, para presentar a continuación los principales debates historiográficos sobre el papel desempeñado por los bárbaros en el final del Imperio.

Los capítulos 3 y 4 son más narrativos. El primero describe los acontecimientos de los años 450 a 472, con la búsqueda de apoyos sucesivos, por parte de los círculos imperiales, entre la aristocracia gala y los godos (con la elección de Avito), entre las élites itálicas y los burgundios (con la de Mayoriano), y en la corte de Constantinopla (con la elección de Antemio). Ninguna de esas «soluciones» permite atajar el principal problema de Roma, la presencia vándala en África. La segunda parte de este bloque central narrativo se detiene en los cuatro años siguientes, que no hacen sino confirmar la desesperada necesidad de apoyos exteriores que padece entonces el poder imperial en Occidente. La deposición de Rómulo Augústulo será interpretada *a posteriori* por los autores del entorno justiniano como el final del Imperio de Occidente; Marcelino y Jordanes son, que se sepa, los primeros historiadores en expresar tal idea. Pero la decisión de no sustituir a Rómulo por parte de quienes estaban en condiciones de hacerlo debe más bien interpretarse dentro de un contexto de regionalización del poder

en el que las tropas bárbaras y aristocracias locales siguen siendo fundamentales, no así la figura de un emperador.

El autor dedica los dos últimos capítulos a las reacciones de las élites romanas frente a la crisis sistémica. A pesar de su apego afirmado a la *res publica*, ellas se dan cuenta rápidamente de que necesitan soluciones de repliegue para lograr mantener su estatus. Una de ellas es la reorientación hacia carreras eclesiásticas: en los años 470 la competición por los cargos episcopales empieza a notarse. Otra es la defensa de la cultura latina, que los miembros de la aristocracia, en particular los obispos, presentan como amenazada y en condiciones de ser salvada únicamente por ellos mismos. Lejos de «democratizarse», la cultura sirve entonces de mecanismo de segregación social: no solo es un polo de identidad como lo es la religión católica, esgrimida, frente al bárbaro, como referencia de la romanidad; también funciona como herramienta de afirmación elitista. El capítulo 6 aborda, para terminar, una evolución táctica que la extensa obra de Sidonio Apolinario deja entrever y que se impone en los últimos años del siglo v: la de la aproximación a los bárbaros. Tanto los escritos históricos como las correspondencias y la hagiografía revelan un bárbaro cuya presencia ineluctable necesita ser integrada. La capacidad de tender puentes y solucionar conflictos se convierte en una nueva fuente de legitimidad para las élites romanas. Frente a las turbulencias de los años reseñados, estas han demostrado, en definitiva, una innegable creatividad intelectual para conservar sus posiciones y adaptarse a un mundo nuevo, en el que la referencia máxima del poder ya no es el emperador.

Tenemos aquí un libro ambicioso, nutrido por una abundante bibliografía de lo más reciente, tanto histórica y arqueológica como sociológica y antropológica; creo que en su conjunto ha alcanzado sus objetivos. Hay que lamentar, sin embargo, algunos problemas formales que pueden resultar desagradables e incluso obstaculizar su

lectura: en primer lugar un nivel de lenguaje muy hablado, más propio de una clase impartida a estudiantes que de un ensayo entregado a la imprenta. Probablemente se deba a una elección consciente del autor, que parece buscar un público amplio, no necesariamente especialista (advierto, sin embargo, que el especialista lo leerá con mucho interés); pero entonces aparece otro problema, el del posicionamiento frente al lector. ¿Por qué explicar qué es la *Notitia Dignitatum* (p. 52) y dejar asomar en un párrafo (p. 31) unos enigmáticos «agujeros de poste» con los que el profano no sabe qué hacer? ¿Por qué glosar la relativamente transparente palabra *gallaeci* (p. 44) y no, por ejemplo, *undique* (p. 185)? La incorporación al hilo del texto, sobre todo al principio, de grandes cantidades de latín, normalmente parafraseadas antes o después en la misma frase, pero no siempre, y no siempre con rigor, me parece desafortunada. Detallar una fuente en lonchas de semejante forma desestabiliza al especialista; en cuanto al lector menos informado y ajeno al latín (el autor reconoce, p. 20, que este ya es mayoría), es cierto que se le dan todos los elementos para entender los materiales así citados, pero no es menos cierto que tanta cursiva incomprensible puede terminar echándolo para atrás.

Se podría objetar, en segundo lugar, el barroquismo de la exposición y el carácter deficiente de la construcción del argumento. El autor tiende a destripar sus conclusiones antes de demostrarlas, anticipa desarrollos futuros, más o menos lejanos, sin una clara necesidad; vuelve inesperadamente, con nuevos ejemplos y referencias, a una idea ya expuesta y resuelta páginas atrás: en suma, marea un poco al lector. Una línea argumental más rigurosa y dinámica, que hubiese dado pie a menos repeticiones y estancamientos, habría servido mejor su tesis. Se echa de menos una estructuración más explícita, o una que no se explicita *a posteriori*. Dos ejemplos: en la p. 267, Santiago Castellanos propone el concepto de

«época episcopal», una caracterización que se ajusta perfectamente a la evidencia que está analizando en el correspondiente capítulo. Sin embargo, lo hace deprisa y corriendo, sin resaltarlo de ninguna forma, como algo que hubiera desarrollado ya anteriormente. Por mucho que la reseñadora haya dado marcha atrás hojeando el libro, ni rastro del concepto. Tampoco puede considerarse una conclusión (aunque podría perfectamente serlo), porque la argumentación prosigue sin volver ya expresamente a esa idea. Otro ejemplo: la razón de ser del breve capítulo 2 sobre bárbaros no es evidente, insertado como está entre la presentación de las fuentes y la evolución política del tercer cuarto del siglo v. Solo con una lectura muy atenta se detecta que se corresponde con el último capítulo, dedicado a la elección, por parte de las aristocracias romanas, de la vía del acercamiento al bárbaro maloliente y malsonante descrito más arriba. Resulta paradójico proponerse ofrecer una lectura «fácil» desde el punto de vista lingüístico (aunque queda abierta a la discusión la cuestión de cuán fácil resulta leer un estilo hablado) y, a la vez, esconder las claves del razonamiento que se está exponiendo.

Estas reservas aparte, este libro es un buen libro, un libro pensado y que invita a pensar. Es más; mediante una discreta «mise en abyme», ilustra detalladamente cómo *pensar* puede ser la mejor forma de encarar unos tiempos de inestabilidad histórica, cuando al final del cielo plomizo el horizonte se vuelve incierto. Transcurren los siglos, pero los hombres no se cansan de mirarse en el espejo del final de Roma.

Céline Martin